

1535-77 Street
 Brooklyn-New York,
 Noviembre 3 de 1921.

Sr. D. Camilo Destruge, Director de la Biblioteca Municipal de Guayaquil.

Mi estimado amigo:

Algunos días escribí a nuestro inteligente amigo, D. Gabriel Pino Roca, acerca del asunto de la presente carta, el "Boletín de la Biblioteca Municipal de Guayaquil". Decíale que recibía yo dicho "Boletín", enviado bondadosamente por Ud. o el Sr. Alminante; y lo recibí hasta el nº 57º, correspondiente a Mayo de 1916: no sé porqué se suspendió entonces el envío. Yo no leía los artículos históricos, porque mis ocupaciones no se referían a la historia a que ellos se consagran; pero los guardaba con esmero, en previsión de lo que tenía que escribir. Al terminar una de mis obritas históricas, me acordé de ellos, y me contraje a leerlos. Hasta que escribí al Sr. Pino Roca, había leído algunos: hasta hoy he leído todos los que han estado a mi alcance. Ahora sí conozco a Ud., mi amigo D. Camilo.

Hubo en Lima un Bibliotecario que alcanzó celebridad, porque escribía tradiciones, fruto de la lectura de legajos antiguos, tarea no difícil en una Biblioteca: fueron escritas con ingenio, con una gracia no común en nuestra América; y ésta fue la causa de la popularidad que obtuvieron. Todo lector devoraba aquellos cuentecillos o leyendas, cuya base es generalmente histórica, y por eso el Sr. Palma era conocido y querido en todas partes. Ud. ha sido también Bibliotecario, Ud. ha escrito buen número de artículos históricos, fundados en documentos antiguos; pero Ud. no ha alcanzado la popularidad del Sr. Palma. Voy a decir

la causa que yo hallo, aunque le aflija. Verdad es que a los que pensamos y observamos, nada nos aflige, cuando el motivo está en el orden de las cosas. La causa sobredicha no está en la diferencia entre la categoría de naciones y ciudades natales, no entre la de dotes intelectuales de ambos escritores, sino en la diferencia de asuntos literarios. Si Ud. escoge frivolidades, comprensibles hasta para el bello sexo y los niños, de aquellas que llevan el esparcimiento a todo espíritu, la popularidad de Ud. será envidiable; pero no pasará de popularidad, que difiere mucho de la gloria. Parecéme haber dicho ya que la gloria no es fama, nombradía: fama es la popularidad por un hecho malo o bueno; gloria es la satisfacción profunda de haber labrado un grande beneficio, aún con exposición de hacienda y existencia viene aquí la observación de la diferencia entre la ciencia y las artes. La ciencia propende directamente a la felicidad humana, o sea al progreso; el arte, indirectamente, pues su principal objeto es el recreo. El arte no es glorioso, sino en cuanto sirve de apoyo a la ciencia. D. Ricardo Palma fue excelente artista; y Ud. propende a la ciencia histórica: él narra, pero sin atenerse a la verdad; Ud. manifiesta la verdad con esmero. Lo que falta es, ¡oh suerte!, que nuestra patria se convierta en Estados Unidos o Francia, para que las faenas de Ud. sean útiles al mundo.

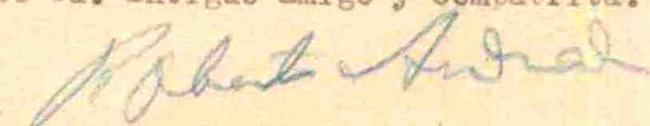
A nuestra patria le presta Ud. un servicio inmenso, porque lo presta a la historia, la más útil de las ciencias, para el mejoramiento moral de los pueblos. Hay quienes piensan que para la humanidad sería mejor la prescindencia de la historia. ¿Qué dice Ud. de esos hombres? No hay lección como el ejemplo, para conocer el bien y el mal, y para ejercer el uno y evitar el otro: imitar los grandes hechos y desechar los actos malos, trae progreso. Para vivir, tiene uno que conocer el camino, y éste no puede ser enseñado sino por las generaciones pasadas: cada generación enseña a la inmediata posterior. La humanidad necesita verse diariamente en un espejo, para quitarse las manchas, mejorar el gesto, adquirir continente respetable; y el más adecuado es la histo-

tria, porque en ella no hay sombra de ficción, como por ejemplo, en el teatro.

¿Quién le ha dicho que se vuelve cansado, con el hecho de citar tanto documento? Ha de ser algún flojonazo, o del gremio de un periodista que, en Lima, llamaba pedantería poner citas. Supóngame Ud. a mí escribiendo historia, sin elías: "al asesino de García Moreno no hay que creerle una sílaba de cuante diga en contra del Grande Hombre", ha de exclamar el bando jesuítico, todavía el mayor entre nosotros. La generación presente puede creerles, no así las posteriores, pues ellas hablan conmigo cuando escribo, y la posteridad y yo nos entendemos. Lo malo es que mis escritos no se publicarán, mientras dure mi existencia: ya soy viejo, no hay dinero y la imprenta no es barata. ¿Esperar que se publiquen después de mi muerte, cuando escritos del mismo Montalvo hay todavía que permanecen inéditos? El hecho es que la verdad tiene su providencia, y la Providencia tarda, mas no olvida... Y volviendo a Ud., y a los que quieren que en sus artículos emita documentos, debe responderles que no escribo para ellos, sino para auxilio de los historiadores de épocas extensas. A mí me van a servir mucho; a mí, humilde historiador: ¡cuánto no servirán a historiadores de más fuste!

Pecos son los artículos de su colaborador el caballero Pine Reca; pero todos buenos y útiles: exíjale que escriba más, pues que debe servir a la patria.

Le es satisfactorio suscribirme de Ud. antiguo amigo y compatriota.



Suplico se digne mandarme el "Boletín", desde el número de Junio de 1916, y los números 24, 25, 26, 27 y 28.